

EL MARCO DE LAS REALIDADES Y POTENCIALIDADES DE LA UNIÓN DEL MAGREB ÁRABE

Por CARLOS ECHEVERRÍA JESÚS

El estado actual de la Unión del Magreb Árabe (UMA)

La vecindad constituye un importante factor en las relaciones internacionales y los países de la UMA y sus posibles contenciosos intramagrebíes o sus crisis económicas y políticas internas tendrán necesariamente su impacto en sus vecinos septentrionales. La idea del Gran Magreb —presente ya en el momento de las luchas de liberación— aparece hoy como factor estabilizador en el área del Mediterráneo Occidental; en este sentido los Estados magrebíes han observado como la CE y sus Estados miembros apoyaban desde un principio el proyecto de la UMA (1) o como la creación del Grupo 5+4, luego 5+5, constituía un reconocimiento implícito de la UMA como posible interlocutor en el marco de las relaciones entre la CE y el Magreb.

Entre otros fines la Unión pretende ser un socio más sólido de la CE y una construcción que ayude a la cooperación y la seguridad entre sus miembros. De hecho la proximidad en el tiempo del gran mercado interior del año 1993 animó a estos países a firmar el Tratado de Marrakech. Se superaban así, al menos sobre el papel, los tradicionales enfrentamientos intramagrebíes y en especial el argelino-marroquí.

(1) En este sentido véanse las declaraciones bilaterales de los Gobiernos español (del mismo 17 de febrero de 1989) y francés (de 18 de febrero) y la declaración de la Cooperación Política Europea (CPE) de 23 de febrero del mismo año.

La interrupción del proceso electoral argelino y la imposición de sanciones por el Consejo de Seguridad de la ONU contra Libia motivaron la interrupción de los contactos con la UMA como tal y la propia Unión vio congelarse a partir de esos momentos su débil aunque esperanzador proceso integrador (2).

Tampoco se ha avanzado mucho en el ámbito económico y el comercio intramagrebí representa no más del 3 % de media en el total del comercio exterior de cada uno de los cinco países que forman la UMA (3).

Hoy los países del Magreb, que atraviesan graves dificultades políticas y económicas, plantean a la Comunidad, por separado, la necesidad de reforzar la cooperación Norte-Sur para frenar así el peligroso avance del islamismo radical. De hecho las últimas reuniones de la UMA (Cumbre de Nuakchott) han tenido como tema central en sus agendas a este fenómeno que amenaza en primer lugar a los regímenes magrebíes y, en consecuencia y dada esa vecindad a la que antes aludíamos, a los países europeos ribereños del Mediterráneo.

A pesar de las huidas particulares planteadas existen proyectos en marcha que habrán de coadyuvar al entendimiento y a la aproximación de estos países, al menos de alcance bilateral o trilateral. En este sentido nos hemos de referir a la construcción del gaseoducto hacia España que cuenta también con el apoyo comunitario a través del Banco Europeo de Inversiones.

La integración magrebí es una necesidad geopolítica pero es evidente que la creación de la UMA no ha representado una respuesta satisfactoria. Más importante que la superación de los obstáculos citados es la instauración de la democracia en los cinco Estados. Con ello se daría respuesta a los anhelos de las poblaciones y, al mismo tiempo, se evitaría que el Magreb unido sea un arma táctica en manos de cada Estado miembro para afirmar su liderazgo sobre los demás (4).

Su presentación argumental hacia Europa

Los países de la UMA —no la Unión como tal dada su situación actual— ofrecen a Europa y en concreto a la CE, su principal socio comercial (5),

(2) Los ministros de Asuntos Exteriores de la CE habían celebrado dos reuniones informales con la UMA en noviembre del año 1990 y en noviembre de 1991.

(3) A título de ejemplo diremos que durante 1992 el comercio de Argelia con el resto de los países del Magreb no superó el 1,55 % de su comercio exterior total.

(4) Véase HARBI, MOHAMMED: *L'Algérie et son destin. Croyants ou Citoyens*, París, Arcantère Editions, 1992, p. 230

(5) La interdependencia entre la CE y el Magreb se hace evidente sobre todo en su aspecto comercial. La CE cubre los dos tercios del comercio exterior de la UMA mientras que ésta sólo

hidrocarburos, productos agrícolas y pesqueros, fosfatos y otros minerales, mano de obra y, en los últimos tiempos, posibilidades crecientes de inversión.

El Magreb es un importante abastecedor de petróleo y gas para los países comunitarios. A diferencia de los hidrocarburos del Golfo los del Magreb tienen la ventaja de estar más cerca del destino y en una región que es, en principio, más segura. Argelia, Libia y en menor medida Túnez tienen importantes reservas de gas y de crudo, Marruecos es el principal productor mundial de fosfatos, y Mauritania dispone de importantes reservas minerales y de una enorme riqueza pesquera. En 1991 el Magreb incrementó sus exportaciones a los países industrializados siendo Francia el principal comprador y abastecedor con respecto a la región.

Un nuevo gaseoducto, que enlazará los campos gasísticos argelinos de Hassi R'Mel con España a través de Marruecos, que hemos de añadir al que desde principios de los años ochenta une a Argelia con Italia a través de Túnez, constituirá un nuevo lazo Sur-Norte nada desdeñable. No en vano son los intereses comerciales y financieros occidentales los que dan cierta tranquilidad al régimen libio en cuanto a la improbabilidad de una ruptura de lazos en el marco de la crisis actual (6).

El otro gran tema en las relaciones euromagrebíes, vital para todos los países de la UMA a excepción de Libia, es el de la emigración (7). Las marcadas diferencias socio-económicas Norte-Sur en el Mediterráneo Occidental hacen inviable toda medida de control forzado de estos flujos migratorios. La población de la UMA crece a una tasa media anual próxima al 3 %, hecho que hará que de los 63 millones de habitantes de 1990 se pase a 142 millones en 2025. En este marco Argelia —como Egipto en el Machrek— habrá doblado su población. Mientras, los países de la Comunidad crecen a una tasa media anual de 0,8 %.

representa el 3,8 % de las importaciones totales de la Comunidad y el 3,3 % de sus exportaciones. En el año 1990 el comercio global entre ambas agrupaciones alcanzó los 24.000 mecus. El grueso de este comercio se centra en los hidrocarburos que Argelia y Libia venden a Europa.

- (6) Haciendo memoria podemos recordar como durante la reunión especial de los ministros de Asuntos Exteriores comunitarios en el seno de la CPE, celebrado el 14 de abril del año 1986 en La Haya tan sólo un día antes del bombardeo norteamericano sobre Trípoli y Bengazi, no se logró acuerdo alguno sobre la imposición de sanciones económicas a Libia, y ello por la enconada oposición de la República Federal Alemana e Italia entre otros.
- (7) El 10 de octubre del año 1991 la UMA adoptó en Rabat una declaración pidiendo la elaboración de una «Carta de Derechos y Deberes de los Trabajadores Inmigrantes», garantizando en particular la «libertad de movimientos y de residencia, el derecho a la reagrupación familiar, la mejora de las condiciones de vida y trabajo, y la formación y la protección social». Véase BORDERAS, A. (Sp.): *Interim Report of the Sub-Committee on the Mediterranean Basin*, Brussels, NAA-Civilian Affairs Committee, noviembre 1992, p. 8.

Esto supone que los regímenes de los países magrebíes han de afrontar anualmente el desafío de un millón más de personas solicitando empleo. Ante la imposibilidad de que las economías nacionales absorban estas cifras, la emigración —destinada especialmente a los países comunitarios— ha constituido y constituye la salida tradicional. Es importante añadir que los aproximadamente 2,2 millones de magrebíes que actualmente residen en la CE constituyen hasta ahora una cifra social y económicamente aceptable tomada en su globalidad, y ello independientemente de los problemas políticos a que la concentración de esos inmigrantes en pocos países está dando lugar.

La tendencia natural a la luz de la evolución económica de los países magrebíes y a las realidades demográficas es a asistir en los próximos años a una fuerte presión desde el Sur. Hoy por hoy este no es un problema específico de seguridad, pero sí puede llegar a serlo y llevar a un deterioro de las relaciones entre ambas orillas del Mediterráneo Occidental.

Estos emigrantes, que desempeñan trabajos que unos europeos que han asistido y se han beneficiado de largos años de crecimiento económico consideran ya como marginales, ven amenazado su futuro ante las políticas cada vez más restrictivas del lado europeo y ante la expansión simultánea de una emigración hacia la CE procedente de los países del antiguo bloque del Este.

El tercer punto de interés en la actualidad es el de un Magreb como terreno abonado para poner en práctica las políticas de redistribución industrial y de deslocalización que vienen impuestas no sólo por la entrada en vigor del mercado interior —más lenta de lo que en un principio se había previsto— sino por la propia evolución del comercio y de la economía internacional. Este proceso de deslocalización puesto en marcha desde hace algunos años podría verse incentivado si las reformas emprendidas durante la década de los ochenta en los países del Magreb logran superar diversos obstáculos. Si bien hoy la CE y sus Estados miembros constituyen la principal fuente de ayuda pública de los países de la UMA —el 47,3 % del total en el período comprendido entre 1985 y 1988— no es menos cierto que los países de la Unión magrebí no son aún demasiado atractivos para la inversión privada exterior dada la situación económica global, los obstáculos burocráticos de cada país, la baja productividad de las empresas locales o la estrechez de sus mercados. Todos los países de la UMA han cambiado sus códigos de inversión o sus leyes bancarias en los últimos años pero el ritmo de las reformas sigue siendo muy lento y muchas inercias del pasado aún subsisten.

Perspectivas de futuro.

La creación de una zona de libre cambio

La Declaración del Consejo Europeo de Lisboa de junio del año 1992 indica que la CE no se desentiende del Magreb, pero la interrupción de los contactos políticos informales iniciados en 1990 y la vuelta a la práctica habitual de mantener las relaciones con los países magrebíes en el ámbito bilateral CE-país tercero indican que Bruselas se aleja, al menos de momento, del marco de la UMA. En este manido marco bilateral, que se mantiene con todos los Estados magrebíes salvo con Libia, se ha abierto la posibilidad de marcar un avance en la política de vecindad. Esto se refleja, de momento, en las conversaciones con Marruecos —y el inicio de conversaciones similares con Túnez en el año 1993— destinadas a abordar las negociaciones que conduzcan al establecimiento de una zona de libre cambio.

La Declaración de Lisboa se emitió en un momento de crisis internas en el Magreb pero también de crisis en las relaciones euromagrebíes. Desde el Sur se estaba viendo con preocupación no sólo la proximidad de la constitución del gran mercado interior —enturbiada por las discusiones intraeuropeas sobre el Tratado de Maastricht— o la reorientación comunitaria hacia el Este sino que también, y sobre todo, se observaba una actitud europea cada vez más reticente hacia un norte de África amenazante, blandiendo las dos espadas del fantasma migratorio y de la extensión del islamismo radical.

Los países magrebíes han venido observando como la primera potencia comercial del mundo vacila ante ambas realidades y es incapaz de adoptar una política común ante ambos desafíos. Faltos de una política común en materia de migraciones —incluso la puesta en marcha del Acuerdo de Schengen se ha visto paralizada por la actitud del nuevo Gobierno francés— los Estados europeos recurren a la fácil aunque inútil solución de reforzar los controles fronterizos y exigir visados a los súbditos magrebíes. Desde el Sur esta actitud «agresiva» conlleva también graves consecuencias económicas; la tendencia de las remesas enviadas por los emigrantes —muy importantes para los tres países del Magreb Central— es el estancamiento o incluso la reducción en un futuro no muy lejano. La actitud occidental frente al islamismo radical —que indudablemente constituye el principal desafío a la estabilidad interna de los países de la UMA y de Egipto—, dubitativa unas veces y despreciativa otras, desprecio que en ocasiones se hace extensivo a todo lo relativo al mundo islámico, lleva a ahondar las frustraciones de las poblaciones magrebíes. No debemos olvidar la doble percepción que de Europa se tiene entre las sociedades magrebíes: por un lado aparece como modelo, y por otro como alimento de las propias frustraciones. La comparación cons-

tante que el magrebí hace con respecto al mundo más inmediato —para lo cual utiliza dos fuentes principales, los emigrantes que regresan y la omnipresente televisión occidental (parabólicas)— y el rechazo de este mundo occidental hacia lo magrebí, acaba alimentando la crisis de valores y coadyuva al éxito del islamismo radical entre las masas.

Es evidente pues que en una situación así, en la que las relaciones Norte-Sur son vistas con desconfianza, en clave de amenazas recíprocas, se hacía necesaria una reorientación de la filosofía de la cooperación. Esta debería huir de la antigua idea de asistencia y entrar en una nueva fase marcada por un codesarrollo respetuoso (8).

Para poder empezar a poner en práctica esta nueva política de vecindad había que buscar un país magrebí que reuniera una serie de condiciones, tanto económicas como políticas. El gigante argelino, que hasta el año 1988 había sido visto como uno de los países estables de todo el mundo árabe, se encontraba sumido en 1992 en una grave crisis política, económica y de identidad. Tras la suspensión del proceso electoral en enero del año 1992 la obsesión principal de los sucesivos Gobiernos argelinos ha sido derrotar al terrorismo islamista. En lo económico, y a pesar de la legislación liberalizadora de los últimos años, la inestabilidad política y las inercias del pasado (Gobierno de Belaïd Abdessalam, burocratización, corrupción, etc.) no hacían de Argelia el escenario idóneo para una política claramente liberalizadora que conlleve el establecimiento de una zona de libre cambio.

Túnez, atravesando también dificultades políticas aunque de menor entidad, y en un proceso de «recuperación gradual de la economía» en opinión de la propia CE no constituía tampoco el escenario idóneo para comenzar la experiencia citada (9). Excluyendo desde un principio a Mauritania —el país más pobre de la UMA—, encuadrado en el marco jurídico de la Convención de Lomé y al de nuevo marginado, aunque sólo en lo político, Estado libio la conclusión era obvia: iniciar contactos con el Reino de Marruecos, país que por otro lado ha tendido tradicionalmente como objetivo central de su política exterior el estrechar sus lazos con Bruselas.

(8) En esos momentos críticos se hacía también un balance pesimista de la cooperación comunitaria que habría estado marcada por unas escasas partidas financieras —vistas aún por algunos como una forma de dominación colonial, de ingerencia paternalista— y por la falta de soluciones al grave problema de la deuda. Véanse los resultados del coloquio coorganizado en Túnez de 13 al 15 de mayo del año 1992 por el Centre d'Etudes, de Recherches et de Publications y la Fundación Friedrich Ebert «Les relations CEE-Magreb: handicaps et perspectives d'avenir» en *Correspondances* (Institut de Recherche sur le Magreb Contemporain-Tunis), números 43-44, mayo-junio 1992, pp. 3-4.

(9) No obstante Túnez ha iniciado ya durante el año 1993 contactos con los servicios de la Comisión para seguir el camino emprendido el año anterior por Marruecos.

Visto como un importante aliado de Occidente y, en tiempos más recientes y obedeciendo además a la propia imagen que Rabat quiere dar de sí mismo, como vanguardia de Europa frente al islamismo radical, su proceso acelerado de liberalización económica hacía de él el país ideal para la nueva experiencia (10). Además, la oferta comunitaria servía para tratar de cerrar la herida abierta por el bloqueo del cuarto Protocolo Financiero (463 mecus) en el Parlamento Europeo como sanción por su política con respecto al proceso de autodeterminación del Sáhara Occidental y a los derechos humanos (11).

Hasta el momento en el que el Consejo de Ministros de la CE apruebe el mandato negociador con Marruecos la Comisión y el Grupo Mediterráneo del Consejo se vienen limitando a estudiar y discutir con los países del Magreb sus respectivas posturas. Marruecos acude a estas negociaciones con propuestas ambiciosas y trata de que la zona de libre cambio incluya los productos agrícolas, área en la que es muy competitivo.

Los países del sur de la CE intentan por su parte que las discusiones se centren en los capítulos industriales, en los que Marruecos habrá de luchar por conseguir subsidios y largos períodos transitorios con protecciones tarifarias para hacer menos doloroso el impacto de una competencia sin precedentes con la CE (12).

El establecimiento de una zona de libre cambio transformaría en primer lugar el marco tradicional de las relaciones CE-Magreb, basadas por ahora en el principio de no reciprocidad contenido en los Acuerdos de Cooperación del año 1976. Hoy por hoy sólo Israel es parte, entre todos los países terceros mediterráneos, de un acuerdo de este tipo.

La firma de tales Acuerdos habrá de ser además un acto voluntario y bien meditado (una economía como la argelina actual puede mostrar escaso interés). Este nuevo marco no tiene en cuenta ni a Mauritania, encuadrada en el Grupo ACP, ni a la marginada Libia: con ello la CE no va a estimular mucho la integración del Gran Magreb.

-
- (10) En su búsqueda de unas nuevas relaciones con Bruselas hay que enmarcar, según algunos expertos, los resultados electorales «más democráticos de lo habitual» del pasado 25 de junio de 1993.
- (11) Tras la entrada en vigor del Acta Única Europea (1 de julio de 1987) el Parlamento Europeo ha hecho uso de su nuevo poder y ha bloqueado en diferentes circunstancias los Protocolos Financieros de varios países terceros mediterráneos como Israel, Siria o Marruecos.
- (12) En opinión de algunos expertos el 40 % de la industria marroquí sucumbirá por el impacto de la zona de libre cambio; otro 40 % sobrevivirá; y el 20 % restante necesitará importantes subsidios para continuar sus actividades.



Posibilidades de refuerzo euroafricano en los ámbitos parlamentario, educativo y medioambiental

Tanto en este epígrafe como en el siguiente se analizan las posibles vías de diálogo abiertas con los países de la UMA sin excepción, y se hace especial hincapiés en los ámbitos no oficiales dada la congelación de los oficiales.

Nos referimos en primer lugar a tres ámbitos parlamentarios que, aun cuando pertenecen al Norte, desarrollan contactos permanentes con sus homólogos del Sur, hecho que les permite a sus miembros incluir en sus informes y luego en sus resoluciones la inquietudes magrebíes. Estos ámbitos, parlamentarios *sui generis*, son: el Parlamento Europeo, la Asamblea de la Unión Europea Occidental, y la Asamblea del Atlántico Norte.

Los encuentros interparlamentarios entre la CE y la UMA comenzaron en junio del año 1990 con la participación de delegaciones del Parlamento Europeo y de los Parlamentos magrebíes. Constituyen un importante avance para crear comprensión mutua sobre los mecanismos de cada parte. De hecho la Comisión de Desarrollo y Cooperación del Parlamento Europeo ha celebrado en mayo de 1993 una reunión en la que ha fijado los criterios que, en su opinión, deberían guiar las relaciones entre la CE y el Magreb en los próximos años. Estos son los siguientes: reforzar la cooperación cultural, social, política y financiera para frenar el incremento de las diferencias económicas Norte-Sur y con ello del islamismo radical; reducir o reconvertir la deuda exterior magrebí, una auténtica hipoteca para su crecimiento económico; reducir los obstáculos comerciales a la importación de productos agrícolas e industriales, aunque sin desdeñar los intereses de los productores comunitarios; y, sobre todo, apoyar en lo político a la UMA y pedir a Marruecos una actitud más favorable a la celebración del referéndum en el Sáhara (13).

El interés desplegado en la Asamblea de la UEO es reflejo del existente entre los dirigentes de esta organización europea de seguridad. De hecho la reunión ministerial del 19 de junio de 1992 emitió la ya famosa Declaración de Petersberg que en su punto 18 dice textualmente:

«Los ministros han reafirmado la importancia de los trabajos del Subgrupo Mediterráneo. Han dado un mandato a la UEO para establecer progresivamente un diálogo con los países del Magreb, teniendo en

(13) En esta reunión, celebrada en Valencia entre el 3 y el 5 de mayo del año 1993, se elaboró el informe que luego ha aprobado el Parlamento Europeo en sesión plenaria. Véase el artículo sin firma «El Parlamento Europeo propone mejorar las relaciones con el Magreb», *Tribuna del Parlamento Europeo* (Madrid), año VI, número 5, mayo-junio 1993, p. 3.

cuenta la evolución de la situación política en esos países y en la región» (14).

La UEO, actuando en estrecha colaboración con la CE, inició estos contactos con los países del Magreb en septiembre del año 1992 y ya ha definido una serie de principios de utilidad para el diálogo.

En abril de 1991 el Comité de Presidentes de la Asamblea de la UEO se había desplazado a El Cairo para estudiar la situación de la región tras la guerra del Golfo. Durante dicha visita el presidente Mubarak aludió a la sensibilidad europea por los problemas del mundo árabe mientras que el entonces ministro egipcio de Asuntos Exteriores, Butros Ghali, centró su postura en tres ejes: la necesidad de la unión del mundo árabe como hiciera Europa tras la Segunda Guerra Mundial y un apoyo de la CE como entonces hicieron con ella Estados Unidos (léase Plan Marshall para el Mediterráneo); la necesidad de que los gobiernos europeos sensibilicen a sus opiniones públicas sobre los problemas del Sur equilibrando la atención entre Este y Sur; y aglutinar todas las propuestas lanzadas sobre el Mediterráneo en una sola a fines prácticos (15).

El último informe presentado en la Asamblea de la UEO sobre el tema que nos ocupa, elaborado por M. Roseta, analiza el papel que la UEO podría jugar en materia de estabilidad y de seguridad en el Mediterráneo (16). El diálogo progresivo en materia de seguridad Norte-Sur con los países del Magreb incluye en un primer momento y de forma separada a Argelia, Marruecos y Túnez (del Machrek incluye a Egipto), y podría institucionalizarse más adelante y ampliarse a otros países. M. Roseta propone en su informe incrementar los programas bilaterales de entrenamiento e intercambios militares entre los países magrebíes y los de la UEO como paso previo al establecimiento de medidas de confianza (17).

Fruto de estos debates en torno al susodicho informe la Asamblea de la UEO ha emitido recientemente una recomendación al Consejo de la Unión en la que aparecen algunos puntos de especial interés para nuestra exposición: expresa la necesidad de incluir a Egipto en el marco del diálogo —«Cons-

(14) Véase *La lettre de l'Assemblée de l'UEO* (París), número 12, julio 1992, p. 13.

(15) Después de esta visita a El Cairo una delegación del Consejo Consultivo egipcio (*Shura*) visitó la Asamblea de la UEO en París. Véase *La lettre de l'Assemblée de l'UEO*, número 8, julio 1991, pp. 13-14.

(16) Informe presentado en nombre de la Comisión Política el 24 de mayo de 1993, adoptado por unanimidad en dicha Comisión. Véase ROSETA, M. (Rapporteur): «La sécurité en Méditerranée», *La lettre de l'Assemblée de la UEO*, número 16, julio 1993, pp. 9-10. Con respecto al informe «La sécurité en Méditerranée» véase Document 1.371 en las *Actes officiels, 39^{ème} session ordinaire. I. Documents de séance*, París, UEO, junio 1993.

(17) ROSETA, M.: *La lettre, op. cit.*, pp. 9-10.

ciente de que Egipto, que no es país del Magreb, comparte con ellos buen número de preocupaciones en el ámbito de la seguridad»—; alude a la necesidad de establecer una cooperación entre universidades e institutos de investigación y de estudios estratégicos de ambas orillas del Mediterráneo que lleve a una mejor comprensión recíproca, y recomienda que el Instituto de Estudios de Seguridad de la UEO establezca contactos regulares con institutos similares de la orilla sur; y recomienda también poner en marcha una verdadera consulta entre las instituciones de la CE y de la CPE para que las acciones en pro de la seguridad vengan coordinadas con una estrategia de cooperación económica y política regional (18).

También la Asamblea del Atlántico Norte dedica una atención creciente a las evoluciones políticas, económicas y sociales en los países del Magreb, y elabora igualmente informes y realiza visitas a los países del sur del Mediterráneo. Dentro de la Asamblea hay que referirse en este sentido al Subcomité de la Cuenca Mediterránea, creado en Londres en noviembre del año 1990 y cuya primera reunión tuvo lugar en Madrid del 20 al 22 de febrero del año 1991, en plena guerra del Golfo. En sus informes dedica especial atención a los aspectos religiosos y demográficos así como a la perspectiva de las corrientes migratorias y a la situación de los derechos humanos en la cuenca (19).

Consecuencia de este su primer informe es la resolución 227 de la Asamblea sobre Seguridad y Cooperación en la Cuenca Mediterránea. En ella se urge a los gobiernos y a los parlamentos de los países aliados a intensificar las consultas políticas al más alto nivel para crear lo antes posible una institución permanente en la que se estudien los problemas de la región y se promueva el concepto de codesarrollo. En dicha resolución la Asamblea recomienda acelerar los programas de cooperación en temas con el medio ambiente o los intercambios culturales y promover la cooperación bilateral entre instituciones docentes, entidades locales y organizaciones humanitarias, así como promover los intercambios entre parlamentarios de los países aliados y sus homólogos democráticamente elegidos del norte de África (20). Junto al susodicho Subcomité de la Cuenca Mediterránea existe dentro de la Asamblea el Subcomité de la Región Sur, término referido a los territorios situados donde la frontera sur del Tratado de Washington termina (21).

(18) Véase *Actes officiels. 39 ème session ordinaire. Première partie II. Procès-verbaux. Compte rendu des débats*, París, UEO, junio 1993 pp. 29-30.

(19) BORDERAS, AUGUSTO (Sp.): *Interim Report of the Sub-committee on the Mediterranean Basin*, Brussels, NAA-Civilian Affairs Committee, octubre 1991 (22p).

(20) BORDERAS, A.: *op. cit.*, p. 22.

(21) HERRERO, MIGUEL (Sp.); NUNES, JOSÉ LUIS (Port.): *Interim Report of the Sub-Committee on the Southern Region*. Brussels, NAA-Political Committee, octubre 1991, p. 1.

La necesidad de conocer al «otro» es, como vemos, una constante en los informes elaborados desde enfoques distintos, sean estos políticos, económicos o de seguridad. Y en esa labor de conocimiento mutuo ningún instrumento es mejor que las universidades. Aludiremos a continuación tan sólo a algunas de las realizaciones con las que hoy cuentan los países mediterráneos. El hecho de que existan muchas puede ser calificado positiva o negativamente: positivamente por la gran variedad de enfoques y posibilidades que ofrece; negativamente porque en esa proliferación se diluyen quizás los esfuerzos de crear un auténtico marco de entendimiento Norte-Sur, influyente y omnipresente.

El gran proyecto por antonomasia es sin duda el de la Universidad Euro-Árabe, una ambiciosa idea cuyos coautores fueron la CE y la Liga de Estados Árabes. Una resolución del Parlamento Europeo de 30 de marzo de 1984 invitaba a la Comisión, al Consejo y a los Estados miembros a tomar las medidas necesarias para crearla quedando inscrita en el marco del Diálogo Euro-Árabe (DEA). En octubre de 1986 se creó en Bruselas un grupo de trabajo tripartito formado por la CE, la Liga Árabe y España, país-sede dado que desde el principio se pensó albergar a esta Universidad en la evocadora ciudad de Granada (22). El 12 de junio de 1989 el comisario Abel Matutes defendió el proyecto en el Consejo comunitario de Luxemburgo pero la crisis del Golfo ha frenado todo el proceso. Lamentablemente no ha pasado de ser un proyecto si bien España, de forma bilateral, se ha lanzado a dotar a estas siglas al menos de una sede en Granada. En la actualidad la Universidad Euro-Árabe sirve de marco para seminarios y coloquios (23).

La Comunidad de Universidades Mediterráneas (CUM) es una Organización no gubernamental con sede en la Universidad de Bari y reconocida por la UNESCO. Reúne a la casi totalidad de las universidades de la cuenca con la vocación primordial de contribuir al diálogo de culturas y su ámbito de trabajo se centra en los cursos de doctorado. Junto a ella la Universidad del Mediterráneo (UNIMED) tiene su sede en Roma aunque cuenta ya con tres centros descentralizados en Rabat, Malta y El Cairo y aglutina a 30 universidades representando a nueve países del sur de la CE y del norte de África. La UNIMED colabora con el Consejo de Europa y con el Parlamento Europeo y sus áreas prioritarias de estudio son las ciencias sociales, el medio am-

(22) Véase Secretaría de Estado de Universidades e Investigación (Gabinete)-Ministerio de Educación y Ciencia: *Proyecto de Universidad Euro-Árabe. Documento base de discusión*, Madrid, enero 1990.

(23) Del 10 al 12 de febrero del año 1993 se celebró un gran Seminario —en él se presentaron 27 ponencias— sobre el diálogo Norte-Sur en el Mediterráneo Occidental coorganizado por la Universidad de Granada y la Asociación de Periodistas Europeos. Véase *Boletín Informativo Arabismo* (Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe-Madrid), número 64, enero-abril 1993, pp. 5-7.

biente, la salud, la transferencia de tecnología, las lenguas, la economía y la historia (24).

Junto a las actividades de estas universidades *sensu stricto* podría hablarse también de las de sus miembros, al menos de aquellos que más se han destacado y que canalizan el diálogo a través de asociaciones —cuya proliferación es también sorprendente tanto al norte como al sur de la cuenca— y la celebración de coloquios. A título de ejemplo es interesante destacar la labor del *Institut de Recherche sur le Magreb Contemporain*, con sede en Túnez, varias veces citado en este trabajo. El IRMC tiene como objetivo central el de contribuir a edificar un nuevo espacio de cooperación y de crítica entre especialistas en ciencias sociales al norte y al sur del Mediterráneo, favoreciendo desde el Magreb, con las comunidades científicas de los países del Magreb en relación con Francia y Europa, el conocimiento del Magreb y el conocimiento magrebí de Europa (25).

Si bien las universidades y los institutos de investigación constituyen ciertamente un marco elitista de diálogo, existe otro marco más «popular», en el que se está trabajando también, que permite llevar a los hogares magrebíes y europeos una visión menos deformada de la realidad del «otro». Este es el marco del audiovisual, en el que países como Francia e Italia llevan muchos años actuando en el ámbito bilateral, y en el que la CE y la Liga Árabe trabajan actualmente impulsados sobre todo por los efectos psicológicos que el conflicto del Golfo tuvo en la región (26).

El diálogo del culturas es más necesario que nunca si nos fijamos en el auge del islamismo radical en el Magreb y en Egipto. La amargura que aún se percibe en la región desde el término de la guerra del Golfo puede verse hoy impulsada por los acontecimientos de Bosnia o, simplemente, por la falta de soluciones a los graves problemas domésticos. Es precisamente la posibilidad nada desdeñable de que la distancia que separa al Norte del Sur se haga aún mayor la que debe impulsar a los europeos a conocer y a comprender a sus vecinos meridionales. Esa es además la condición *sine qua non* para el funcionamiento de un auténtico partenariado.

(24) *Correspondances* (Tunis), número 6, mayo 1993, p. 29.

(25) CAMAU, MICHEL: «Les défis de la pluralité», *Correspondances* hors série, octubre 1992, p. 1

(26) En esta línea destacamos a título de ejemplo dos programas recientes subvencionados por la CE: a principios del año 1993 se han destinado tres mecus al servicio en árabe de la cadena por satélite *Euronews*, situada en Lyon, destinados a mejorar el conocimiento y la comprensión de Europa en el mundo árabe, así como en el mundo de la inmigración magrebí en la Comunidad; también se han destinado 6,5 mecus a un programa de apoyo a acciones de cooperación al desarrollo —destinados esencialmente a la formación de formadores— entre universidades y centros de enseñanza superior de los países de la orilla sur y de la CE. Véase *Le Courier ACP-CEE* (Bruxelles), número 137, enero-febrero 1993, p. XI.

El ámbito medioambiental es quizás uno de los que más posibilidades ha ofrecido y ofrece, sobre todo por el carácter en parte aséptico de la materia que trata. Refiriéndonos al Mediterráneo en su conjunto hemos de referirnos al Plan de Acción Mediterránea (PAM) que se inscribe en un vasto programa de defensa del medio ambiente elaborado por las Naciones Unidas. El PAM fue lanzado durante la Conferencia de Barcelona celebrada entre el 2 y el 13 de febrero del año 1976. Todos los países ribereños menos Albania, así como la CE, firmaron el 16 de febrero la Convención para la Protección del Mediterráneo contra la Contaminación, documento que marca el comienzo del PAM. Desde el año 1976 y cada dos años nunca han dejado de celebrarse las reuniones de los representantes de las partes, en las que hay intercambios de información y se firman acuerdos y protocolos.

De los diversos observatorios que el PAM ha creado en diversos puntos de la cuenca uno se encuentra en el Magreb: el de Salambo, en Túnez, dedicado a la vigilancia de las zonas especialmente protegidas. La actividad más conocida del PAM ha sido la elaboración del «Plan Azul», un ejercicio de reflexión a largo plazo —para el período 2000-2025— elaborado en común y que vio la luz en 1988. El gran éxito del Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente ha sido conseguir que los Estados mediterráneos se sienten juntos a discutir la situación ecológica y que nadie considere a sus costas como un asunto más político que medioambiental.

El PAM es hoy el único punto de reunión al que periódicamente acuden todos los Estados ribereños y a pesar de sus limitaciones constituye indudablemente un excelente marco jurídico para la cooperación presente y futura en la región mediterránea. Sus limitaciones son, entre otras, las siguientes: no existe ni obligación jurídica ni posibilidad de control internacional de su cumplimiento; su aplicación depende de la voluntad de las partes; las reuniones pecan a menudo de excesivo formalismo; y muchos programas no se han desarrollado bien por lo heterogéneo de los recursos humanos en las dos orillas. Junto a ellos la tradicional conflictividad en la región dificulta también su avance, pero es indudable que la experiencia del PAM ha supuesto el trabajo en conjunto sobre un tema que afecta a todos y ello puede ir creando vínculos que lleven a una moderación y a principios de entendimiento.

Junto al PAM hay que hacer referencia a la condición de «Estados no participantes» que tienen los países árabes e Israel en el seno de la CSCE. En el marco de ésta se reunieron entre el 24 de septiembre y el 19 de octubre de 1990 en Palma de Mallorca representantes de los 34 Estados miembros y los ocho «Estados no participantes» —Argelia, Egipto, Israel, Líbano, Libia,

Marruecos, Siria y Túnez— (27). Esta reunión, dedicada monográficamente al estudio del medio ambiente en el Mediterráneo, era la tercera que desde el año 1975 se ha dedicado en exclusiva a los problemas de este mar y en ella España e Italia presentaron el proyecto de una Conferencia sobre Seguridad y la Cooperación en el Mediterráneo (CSCM). A título de ejemplo, este foro fue aprovechado por Marruecos, España, Francia y Portugal para firmar un acuerdo de prevención de accidentes en el mar y evitar la contaminación que producen.

Nuevas perspectivas de codesarrollo financiero. De los «Foros Mediterráneos» al Club Financiero Mediterráneo.

Los «Foros Mediterráneos» —el primero tuvo lugar en Marsella en febrero de 1988 y el segundo en Tánger en mayo de 1989— se encuadran en los esfuerzos de la diplomacia francesa por retomar en la segunda mitad de la década de los años ochenta la idea lanzada por el presidente Mitterrand en Marraquech en 1983: la creación de una conferencia de los países del Mediterráneo Occidental, área en la que Francia goza de una cómoda ventaja comparativa frente a sus potenciales competidores, España e Italia. Independientemente del marcado carácter francés de estos Foros lo que a nosotros nos interesa destacar aquí es el principal mensaje que se ha deducido de ellos: la necesidad de comprometer a la sociedad civil en la cooperación Norte-Sur en el Mediterráneo Occidental. En opinión del ministro Bérégovoy deben de crearse redes de sistemas bancarios y mercados financieros que canalicen la inversión europea en el Magreb copiando para ello el modelo puesto en práctica por el partenariado franco-magrebí (28).

Francia, Italia y España, encabezados por el primero, constituyen los principales valedores comunitarios de los países del Magreb en lo que a cooperación se refiere. Pero lo más importante que hemos de destacar con respecto a estos países, a los que hay que añadir a Portugal, es su sensibilización por los problemas del Magreb y la voluntad política que han demostrado y demuestran de cara a plantear iniciativas de diálogo Norte-Sur en el Mediterráneo Occidental. Ante la interrupción de los trabajos del Grupo 5+5 y la congelación momentánea del proyecto de una CSCM —pactada por España e Italia hasta que la evolución de la negociaciones de paz sobre Oriente

(27) McNAUGHTON, JEANNE: «CSCE regional ecosystem talks vonvene in Palma de Mallorca», *CSCCE Digest* (Commission on Security and Cooperation in Europe-Congress of the US), octubre 1990, p. 5.

(28) En su mensaje enviado a las Jornadas de 13 y 14 de marzo de 1989, celebradas en París a caballo entre los Foros de Marsella y Tánger y organizadas por el inspirador de éstos, Jacques Huntzinger, Bérégovoy citada la propuesta, entonces reciente, del presidente Mitterrand sobre el problema de la deuda. Véase Forum Méditerranéen (Actes): *Financement du développement dans le bassin méditerranéen*, Marseille, Echanges Méditerranée 1989, pp. 9-13.

Medio permitan retomarla— hablar de cooperación Norte-Sur en el Mediterráneo, y dentro de la cuenca en el Mediterráneo Occidental, nos lleva a remitirnos a la CE, cuyas líneas esenciales de trabajo en la actualidad acabamos de describir, y a los intentos —que la propia declaración comunitaria de Lisboa alienta— de vincular a la sociedad civil, a los particulares, en esta nueva orientación del partenariado y el codesarrollo.

Los estudios franceses sobre la institución financiera para la subregión llevaron a la creación del Club Financiero Mediterráneo (CFM), creado el 19 de abril de 1991 y con sede en París. El CFM agrupa a bancos e instituciones financieras de los países del Mediterráneo Occidental y de Egipto, teniendo con ello en cuenta el destacado papel de este país y sus vínculos con los países del Magreb, en especial con Libia (29). El Club cuenta también con grupos de trabajo en los que junto a representantes de esas instituciones se reúnen académicos y expertos del Banco Mundial para analizar temas como las perspectivas de codesarrollo, los aspectos jurídicos y financieros del partenariado o los instrumentos multilaterales de financiación del desarrollo en el Mediterráneo (30).

El Club dedica una especial atención al ámbito de la cooperación industrial en el marco de la nueva redistribución internacional y la deslocalización. La transferencia de determinadas industrias, o al menos de determinadas fases de la producción, del Norte al Sur es una de las áreas más atractivas para la cooperación futura. Muchas de las empresas amenazadas por la competencia a que da lugar el gran mercado interior tienen la posibilidad de producir en las proximidades de Europa, y de hacerlo además con menores costes al aprovechar la ventaja comparativa que estos países del Magreb ofrecen en términos de mano de obra, fiscalidad, coste de la energía, etc. Con ello las sociedades civiles del Norte y del Sur pueden crear «solidaridades de hecho», utilizando el término que Robert Schumann acuñara en los años cincuenta para referirse al proyecto de la CE, que contribuyan a establecer vínculos más y más sólidos en el Mediterráneo Occidental.

(29) Alrededor de un millón de egipcios trabajan en Libia y esta cifra puede incrementarse en un futuro próximo ante las oportunidades de empleo que van a surgir ligadas a los proyectos realizados en conexión con la explotación del gran río artificial. En lo político Egipto es un importante valedor del hoy marginado Estado libio ante Occidente.

(30) Véase el órgano del CFM *Méditerranée Développement* (París), número 1, julio 1992, pp. 31-33.